

*Frege y el Tractatus*¹

I) *Frege, Russell y Wittgenstein*

En la literatura filosófica podemos distinguir dos grandes corrientes interpretativas en lo que a las relaciones entre Gottlob Frege, Bertrand Russell y Ludwig Wittgenstein concierne. Por una parte, hay quienes acercan a Russell con Wittgenstein y los disocian de Frege, y por la otra hay quienes acercan a Wittgenstein con Frege y los alejan de Russell. Michael Dummett, por ejemplo, es uno de los mayores representantes de esta segunda corriente. Realmente, de sus escritos casi puede extraerse la idea de que Russell es si no filosóficamente pernicioso, sí un malhadado estorbo y un pensador casi redundante. Admito desde ahora que, si hubiera que suscribirse a alguna de estas escuelas, de inmediato me adheriría a la primera.² Independientemente de ello, debería ser obvio para todo mundo que las relaciones filosóficas entre estos tres grandes pensadores son, aparte de interesante *per se*, un tema intrincado e intuitivamente tal vez sintamos que dichas relaciones no son simples ni podrán, por consiguiente, ser diagnosticadas de manera simplista. Dicho de otro modo, podemos augurar que no será factible encontrar entre los pensadores mencionados ni acuerdos ni desacuerdos totales. Es mucho más plausible pensar que prevalecen entre ellos tanto coincidencias como antagonismos radicales. Dado que las conexiones entre el pensamiento de Russell, por una parte, y los de Frege y Wittgenstein respectivamente, por la otra, han sido ampliamente examinados, en este ensayo no me ocuparé de ellas más que ocasional y superficialmente. Me propongo más bien examinar algunos aspectos de la compleja trama relacional que se da entre Wittgenstein y Frege. Como el título del trabajo lo indica, me concentraré exclusivamente en lo que el primer Wittgenstein tenía que decir sobre diversas ideas de Frege y lo que intentaré mostrar es que, aparte de ciertos elogios, lo que en general Wittgenstein despliega es un tremendo ataque sobre diversas facetas del pensamiento de Frege. Algo que aspiro a poner de manifiesto es que la crítica de Wittgenstein a Frege es no sólo cuantitativamente abrumadora, sino también cualitativamente demoledora.

¹ En vista de que las tres traducciones del *Tractatus Logico-Philosophicus* al español que existen me parecen francamente inaceptables, las citas que aquí hago del libro de Wittgenstein son mías. Forman parte de una nueva traducción completa que espero que algún día pueda ver la luz.

² Véase, por ejemplo, mi libro *Los Atomismos Lógicos de Russell y Wittgenstein* (México : Instituto de Investigaciones Filosóficas, UNAM, 1994), 2ª edición. En especial, es relevante la sección en la que confronto la posición de Frege sobre la “notación conceptual”, la idea de Russell de un lenguaje lógicamente perfecto y los puntos de vista de Wittgenstein acerca de un lenguaje regido por la “sintaxis lógica”.

La perspectiva global que deseo defender en este trabajo, hay que decirlo, choca directamente con lo que algunos filósofos contemporáneos importantes han sostenido. Una vez más, la posición de Dummett es a este respecto paradigmática. Él hace, entre muchas otras, dos temerarias afirmaciones que me parece que vale la pena consignar. En primer lugar, Dummett sostiene que “Algo del trabajo de Wittgenstein construye o elabora o complementa el de Frege: y entonces, pienso, es cuando Wittgenstein es más afortunado”.³ Y en segundo lugar afirma que “En otros casos, Wittgenstein luchó en contra del poder del pensamiento de Frege; y en esos casos, creo, es cuando Wittgenstein está casi siempre en sus peores momentos”.⁴ O sea, cuando Wittgenstein es fregeano está bien y cuando no es fregeano está mal. Dejando de lado la forma mitologizante por la que Dummett opta para expresar su posición, pienso que ésta es profundamente errada pero también que, afortunadamente, es refutable. Lo que se requiere para dirimir el asunto es detectar, presentar, examinar y evaluar las objeciones a Frege contenidas en el *Tractatus*. Sólo una tarea así podrá permitirnos abandonar el discurso vago de “influencias”, “convergencias”, “empatías”, etc., y zanjar definitivamente la cuestión de cómo realmente se vinculan los pensamientos de Frege y Wittgenstein, esto es, qué posición realmente mantiene uno frente al otro. Por último, y dado el contexto histórico que conocemos, me parece que si logro hacer ver que las posiciones de Frege y Wittgenstein son de hecho irreconciliables y que Wittgenstein está en general en lo correcto, habré también contribuido a mostrar, aunque sea indirectamente, que a pesar de sus divergencias son filosóficamente mucho más afines entre sí Russell y Wittgenstein que éste y Frege.

II) *El Tractatus y Frege*

Como ya ha sido señalado en diversas ocasiones, una de las facetas curiosas y originales del famoso *Tractatus Logico-Philosophicus* es su carácter de obra de arte, su belleza estilística.⁵ Ahora bien, la concisión de las formulaciones de Wittgenstein no se debe, evidentemente, a meras pretensiones esteticistas, sino que responden a exigencias extremas de honestidad y pulcritud intelectual. Para Wittgenstein, lo que se puede decir se debe poder decir de manera clara y concisa, sin rodeos, sin alargar las oraciones y las frases, sin salirse del tema, sin ambigüedades. Para el lector del *Tractatus*, el estilo de Wittgenstein es particularmente útil, puesto que tópicos filosóficos particularmente difíciles son abordados de manera directa y transparente.

³ M. Dummett, “Frege and Wittgenstein” en *Frege and Other Philosophers* (Oxford : Clarendon Press, 1996), p.237.

⁴ *Ibid.*, p.239.

⁵ Por ejemplo, E. Stenius en su *Wittgenstein's Tractatus. A Critical Exposition of its Main Lines of Thought* (Oxford : Basil Blackwell, 1964) enfatiza el carácter musical de los grupos de proposiciones del libro.

Eso facilita enormemente la reconstrucción de los argumentos. Pasemos, pues, al examen de lo que para nuestros objetivos son las secciones relevantes del libro.

Dejando de lado el *Prefacio*, el *Tractatus* contiene 17 menciones a Frege. No deja de ser sorprendente, sin embargo, que, contrariamente a lo que sostienen Dummett y sus discípulos, la gran mayoría de ellas sea de carácter crítico y, me atrevería a decir, destructivo. En realidad, únicamente **dos** de ellas son aprobatorias de posiciones fregeanas. La primera es la aceptación explícita por parte de Wittgenstein del principio de composicionalidad: “Como Frege y Russell, yo concibo a la proposición como una función de las expresiones que contiene”⁶. De acuerdo con el principio de Frege, el sentido de una oración es una función de los sentidos de sus partes. En verdad, desde una perspectiva formal y clásica del lenguaje, este principio es casi tautológico. La idea es que no puede haber más sentido que el que resulta de la, por así decirlo, suma de los diversos sentidos de las partes componentes de la oración. En esta fase inicial del pensamiento de Wittgenstein, el acuerdo con Frege es incuestionable. Vale la pena señalar, sin embargo, que este pilar del pensamiento fregeano (aclamado casi universalmente) será brutalmente rechazado en las *Investigaciones Filosóficas*. Sin embargo, habría que aceptar que, dada la óptica formal del lenguaje que Wittgenstein hace suya en el *Tractatus*, no aceptar el *dictum* de Frege hubiera sido estar realmente descarriado. En este punto hay, pues, acuerdo. La segunda mención aprobatoria de Frege tiene que ver con la cuestión de la introducción de los signos primitivos en lógica. Lo que Wittgenstein afirma es que se tiene que emular a Frege en cuanto a rigor y aplicar en este caso lo que él mismo señala respecto al *status* y *modus operandi* de las definiciones.⁷

Por grande que sea el acuerdo con Frege en relación con estos dos puntos, es evidente, sin embargo, que las críticas explícitas en su contra son tantas y de tal magnitud que dicha concordancia queda opacada y contrarrestada casi por completo. Para empezar, tal vez sea útil dividir las críticas a Frege en dos grandes grupos, a saber, las críticas que podríamos llamar ‘menores’ y las que podríamos denominar ‘decisivas’ o ‘fundamentales’. Dentro del grupo de las menores sólo hay dos:

- a) la aceptación de que efectivamente el plan filosófico de elaboración de una “notación conceptual” es inaplazable, si bien la propuesta de Frege es todavía defectuosa, y
- b) la confusión de Frege de índices con argumentos.

⁶ L. Wittgenstein, *Tractatus Logico-Philosophicus* (London : Routledge and Kegan Paul, 1978), 3.318.

⁷ *Ibid.*, 5.451 (b).

En el primer caso, Wittgenstein hace extensivos a Russell tanto el elogio como la crítica. La verdad es que con esto tan sólo hace justicia, pues como se sabe también Russell era un ferviente partidario de la idea de reformar el lenguaje natural y de construir un lenguaje “lógicamente perfecto”⁸. Wittgenstein hace suyo el proyecto, pero no comparte ninguna de las dos propuestas, las cuales toman cuerpo respectivamente en *Begriffsschrift* y en *Principia Mathematica*, obras severamente criticadas por Wittgenstein desde muy diversas perspectivas. La segunda objeción, por su parte, es un tecnicismo y es básicamente de carácter notacional, si bien la confusión involucrada tiene implicaciones filosóficas importantes. Dicho brevemente, la confusión consiste en lo siguiente: un índice es un signo que indica algo respecto de un nombre. Es como un complemento para un nombre. Por ejemplo, el índice del nombre de una cierta operación indica que ésta se efectúa en determinado dominio, *e.g.*, los números irracionales. Empero, el índice no forma parte del sentido del signo al cual se aplica. Éste ya está constituido. Sirve simplemente para acotarlo con mayor precisión. En cambio, un argumento sí contribuye a determinar el sentido de la proposición. Aparentemente, una confusión así es impensable. Sin embargo, es claro que es inducida por la notación misma. Siguiendo con el ejemplo de Wittgenstein, en ‘+_c’, ‘c’ es un índice, en tanto que en ‘~ p’ ‘p’ es un argumento. Ahora bien, de acuerdo con Wittgenstein es por haber confundido índices con argumentos que Frege concibió mal el *status* de las proposiciones de la lógica: “Si no estoy en un error, la confusión de argumento con índice yace en la raíz de la teoría de Frege sobre el significado de las proposiciones y de las funciones. Para Frege, las proposiciones de la lógica eran nombres y sus argumentos los índices de dichos nombres.”⁹ O sea, una lectura equivocada de una convención notacional desembocó en una concepción errada de una clase de signos (*viz.*, los signos proposicionales y, por ende, de las proposiciones). No obstante, creo que puede afirmarse que, inclusive si Frege hubiera despejado su confusión en este punto, de todos modos, por muchas otras razones, habría seguido pensando que las oraciones son nombres complejos. De ahí que la objeción, aunque justa, no parece ser decisiva.

Por lo dicho hasta aquí, podemos inferir que el *Tractatus* contiene 14 alusiones críticas fundamentales a la obra de Frege. Dicho en forma escueta, las objeciones de Wittgenstein recaen, básicamente, sobre:

- a) la doctrina fregeana del sentido y la referencia
- b) las tesis de Frege sobre la verdad

⁸ *Ibid.*, 3.325 (b).

⁹ *Ibid.*, 5.02 (c).

- c) la confusión de Frege de conceptos genuinos con conceptos formales, la generalidad y la variable
- d) el tristemente famoso signo fregeano de aserción
- e) la naturaleza de la lógica

Como puede observarse, el panorama es amplio y los temas que sirven de blanco para el ataque de Wittgenstein de primera importancia. Es tiempo, pues, de considerarlos en detalle para entonces estar en posición de determinar si Wittgenstein tiene razón o no y si, por consiguiente, el sistema fregeano se vuelve a tambalear o si hay manera de beneficiarse de las críticas que en el *Tractatus* se le hacen, de asimilarlas, de corregir las obvias dificultades en las que incurre el pensamiento de Frege y, así, de perfeccionar su sistema. Abordaremos los temas en el orden enunciado.

III) *El ataque de Wittgenstein*

En concordancia con lo dicho, consideremos primero lo que Wittgenstein tiene que decir en contra de la célebre distinción de Frege entre sentido y referencia. Observemos, en primer lugar, que con relación a la teoría del significado, Wittgenstein está en abierta oposición a Frege. Recordemos que para Frege sentido y referencia no se identifican **nunca**. Para él, siempre se accede a la referencia vía el sentido. Cabe señalar que la posición de Wittgenstein es de entrada más elaborada que la de Frege, por la sencilla razón de que maneja más categorías que él. En efecto, mientras que para Frege tanto nombres como oraciones tienen “sentido” y referencia (si la tienen), para Wittgenstein sólo las oraciones tienen **sentido**, pues lo que los nombres tienen es **significado**. Empero, si hacemos caso omiso de esta diferencia, la oposición entre ambos pensadores es obvia. Expresado en terminología de Frege, para Wittgenstein el sentido de un nombre, esto es, de un componente de una proposición “completamente analizada”, **es** su referencia (o, en terminología russelliana, su denotación). “Un nombre denota un objeto. El objeto es su significado”.¹⁰ Hasta donde logro ver, Wittgenstein no ofrece un argumento directo en contra de la distinción <sentido, referencia>, cosa que Russell sí hace. Para éste último, dicha dicotomía es en última instancia incoherente. En efecto, Russell intenta (exitosamente en mi opinión) convencernos de que la teoría de Frege es insostenible y que o bien el sentido y la referencia terminan por identificarse o bien no hay conexión posible entre ellos.¹¹ Lo que Wittgenstein hace, sin embargo,

¹⁰ *Ibid.*, 3.203.

¹¹ El argumento de Russell está expuesto en las páginas 40-50 de *Logic and Knowledge* (London : Allen and Unwin, 1971). Mucho de la discusión a la que ha dado lugar este argumento está recogida en la antología

no es menos importante que lo que Russell intenta lograr, pues de todos modos muestra que la teoría de Frege está expuesta a diversas objeciones insalvables, a las que inevitablemente deja sin responder. Eso equivale a un escrutinio crítico de la teoría y no, como en el caso de Russell, a su desmantelamiento. Consideradas conjuntamente, empero, podemos con un alto grado de seguridad afirmar que es muy poco lo que de la doctrina de Frege dejan en pie. Pero para no adelantarnos, vayamos directamente a las objeciones concretas que Wittgenstein plantea.

Son tres los lugares en donde Wittgenstein se enfrenta a la teoría fregeana del sentido y la referencia, *viz.*, 3.143, 5.4733 y 6.232. La inconformidad de Wittgenstein tiene que ver con ciertas consecuencias inaceptables de la doctrina fregeana en conexión con la distinción misma, con el concepto de verdad y con su aplicación a las ecuaciones y la noción de identidad. Examinémoslas en ese orden.

A) *Sentido y referencia.* En 5.4733, Wittgenstein afirma: “Frege dice: toda proposición legítimamente construida tiene que tener un sentido; y yo digo: toda proposición posible ya está legítimamente construida y si no tiene ningún sentido, ello sólo puede deberse a que no le hayamos conferido una *referencia* [*Bedeutung*. ATB] a alguno de sus componentes”.¹² Es evidente que la posición de Frege, por ser el resultado de un enfoque puramente formal, tiene que desembocar en absurdos. Así, si ‘Napoleón’ es un nombre y ‘_’ es un número par’ una expresión insaturada, esto es, un predicado genuino, y ambos tienen tanto sentido como referencia, entonces **necesariamente** ‘Napoleón es un número par’ es un nombre complejo perfectamente significativo y susceptible de un valor de verdad. Pero algo debe estar mal en esta explicación porque ¿cómo podría una expresión así ser verdadera o falsa y *a fortiori* significativa? Cualquier hablante normal diría que se trata de un obvio sinsentido. Desafortunadamente, Frege no puede aceptar lo que el sentido común lingüístico indica. La posición de Wittgenstein, por su parte, parece mucho más sensata. Consideremos el mismo ejemplo: si la expresión en cuestión es asignificativa, ello se debe a que de hecho alguna de sus partes componentes carece de referencia. En nuestro caso, es obvio que o bien ‘Napoleón’ carece de referencia, puesto que la referencia tiene que ser un número y no una persona, o bien ‘es un número par’ carece de referencia, pues tendría que ser algo como ‘era corso’, ‘era un gran general’, etc., y no una propiedad de algunos números naturales.¹³ Así, aunque superficialmente el signo proposicional de hecho está bien construido, el resultado no es, como pensaba Frege, una proposición. Pero la explicación última es la falta de

Significado y Denotación. La Polémica Russell-Frege. Presentación, selección de artículos y traducción de Alejandro Tomasini (México : Grupo Editorial Interlínea, 1996).

¹² L. Wittgenstein, *Tractatus*, 5.4733 (a).

¹³ Este punto quedará mejor aclarado posteriormente, pues está conectado con algo que discuto un poco más abajo, a saber, la naturaleza de la variable.

referencia (significado) de alguno de sus nombres. Esto muestra que el sentido no es tan autónomo como Frege pensaba y que no se le puede dissociar sistemáticamente de la referencia. Carencia de referencia puede implicar carencia de sentido. Así, pues, la distinción de Frege lo lleva a tener que aceptar absurdos obvios, para los cuales no tiene ni siquiera paliativos.

Una segunda línea de crítica de la distinción trazada por Frege es la siguiente: de acuerdo con éste, una oración es un nombre complejo. Por qué es ello así es algo que, lo confieso, a mí nunca me ha quedado claro. Creo que sí entendería esa tesis si la afirmara alguien para quien, como para Wittgenstein, una oración es una concatenación de nombres. Desde una perspectiva así, sí tiene sentido hablar de una oración como un nombre complejo. Sospecho que la idea de Frege de llamar a las oraciones nombres complejos tiene como fuente, en parte por lo menos, el deseo de aplicarles el esquema “sentido-referencia”. Ahora bien, Wittgenstein protesta por el hecho de que esta última distinción aplicada a las oraciones les hace perder un rasgo de importancia crucial. El que las oraciones sean vistas como nombres complejos hace que se les vea como meros nombres largos, como secuencias de nombres y nada más. El problema es que así caracterizados no aparece nunca el rasgo fundamental de los signos proposicionales, a saber, que están **articulados** y que, por consiguiente, son hechos. “Que el signo proposicional es un hecho es algo que queda oculto por la forma usual de expresión, escrita o impresa.

Porque en, por ejemplo, una proposición impresa, el signo proposicional no se ve como esencialmente diferente de la palabra.

(Así fue posible que Frege llamara a la proposición un nombre compuesto).”¹⁴

Así, Wittgenstein acusa a Frege de no estar en posición de discernir y distinguir la esencial diferencia que hay entre nombres y oraciones. Cabría preguntar: ¿y en qué consiste la importancia de tal “error”, si es que lo es? Frente a la concepción fregeana de la oración como un nombre compuesto, Wittgenstein opone la idea de que el signo proposicional es un **hecho**, no una mera secuencia o mezcla de signos (nombres), en el mismo sentido en que una pieza de música no es una secuencia inconexa de notas. Y lo que hay que entender es que es sólo porque el signo proposicional es un hecho que es susceptible de representar otro hecho. Por consiguiente, la concepción fregeana del signo proposicional no permite explicar el fenómeno lingüístico de la representación. Así, en el mejor de los casos, la distinción “sentido-referencia”, tal como está, es incompleta o insuficiente y por medio de ella no es posible dar cuenta cabalmente del funcionamiento de las oraciones.

¹⁴ *Ibid.*, 3.143.

La tercera objeción de Wittgenstein a Frege en lo que a la distinción “sentido-referencia” concierne tiene que ver con la explicación a que da lugar respecto a las proposiciones de las matemáticas. Consideremos una expresión simple como ‘ $2 + 3 = 5$ ’. La explicación fregeana de la aseveración que se hace vía el signo de identidad es que ‘ $2 + 3$ ’ y ‘ 5 ’ tienen diferente sentido pero la misma referencia. A este respecto, Wittgenstein hace dos afirmaciones importantes:

a) “Frege dice que las dos expresiones tienen la misma referencia, pero diferentes sentidos.

Lo esencial en una ecuación, empero, consiste en que ésta no es necesaria para mostrar que las dos expresiones a las que liga el signo de igualdad tienen la misma referencia, pues esto puede verse por las expresiones mismas.”¹⁵, y

b) “La identidad de referencia de dos expresiones no se puede aseverar, ya que para poder afirmar algo sobre su referencia tengo que conocer la referencia y si conozco la referencia entonces sé si las expresiones significan lo mismo o algo diferente.”¹⁶

Aquí habría que empezar por reconocer que lo que Frege defiende es *prima facie* irrefutable y, asimismo, que la posición de Wittgenstein no es fácil de aprehender. Aparentemente, no hay nada que objetar a la idea de que ‘ 5 ’ y ‘ $3 + 2$ ’ presentan de un modo diferente uno y el mismo número, a saber, el 5. Sin embargo, Wittgenstein cree detectar un error en la explicación de Frege. El uso del signo de identidad insinúa que cuando decimos que $3 + 2 = 5$ estamos haciendo una aseveración de carácter factual, que lo que decimos es resultado de un descubrimiento de alguna clase. Parecería que fue después de una investigación que logramos establecer que ambas expresiones tienen la misma referencia. Pero eso ciertamente no es el caso. Una ecuación no establece eso, puesto que en última instancia no es más que una regla para el uso de signos. Tiene, por lo tanto, un carácter eminentemente estipulativo. O sea, es el mero examen de la lógica de los signos lo que nos debería permitir entender que unos son sustituibles por otros. Una ecuación no es una afirmación empírica, por lo que no se requiere para establecer una identidad ninguna clase de confrontación con la experiencia. Después de todo, es sólo superficialmente que ‘ $3 + 2 = 5$ ’ es como ‘Napoleón es el vencedor de Marengo’. Es por eso que la distinción de Frege no explica realmente la naturaleza de las ecuaciones.

¹⁵ *Ibid.*, 6.232.

¹⁶ *Ibid.*, 6.2322.

Wittgenstein ataca el punto desde la perspectiva de la noción de identidad. Como siempre, su enfoque no es de carácter doctrinal, sino que tiene como objetivo generar un razonamiento que deje satisfecho a cualquiera que sea capaz de seguirlo. La idea es la siguiente: si yo entiendo un nombre 'x' es porque conozco su significado, pero como su significado es un objeto, si entiendo un nombre es porque conozco su referencia. Lo mismo pasa con cualquier otro nombre. Por lo tanto, si yo se que dos nombres tienen la misma referencia, no tiene el mismo sentido para mí enunciar dicho hecho: a partir del momento que entiendo los significados de 'x' y de 'y', automáticamente me queda claro que denotan lo mismo y entonces ¿para qué podría servirme establecer su identidad? Si eso fuera lo que se hace con las ecuaciones, éstas serían perfectamente ociosas. Por lo tanto, deben tener otra función. Más bien, y como ya se dijo, las ecuaciones reflejan la lógica de los signos por medio de ciertas estipulaciones. No "aseveran" nada. Pero entonces la distinción <sentido-referencia>, que Frege creía indispensable para dar cuenta, *inter alia*, de los enunciados de identidad matemáticos, es in este contexto sencillamente inservible.

B) *Verdad*. Son dos las críticas que Wittgenstein eleva en contra de las (no estará de más decirlo) muy contra-intuitivas tesis fregeanas acerca de la verdad. Para Frege, como se sabe, Lo Verdadero y Lo Falso son la referencia de las oraciones, de los signos proposicionales, y son objetos. Wittgenstein apunta a dos problemas en esta teoría. Veamos rápidamente en qué consisten las objeciones del *Tractatus*.

La primera dificultad para Frege es que su extraña teoría de la verdad impide explicar el sentido de las proposiciones negadas. Al hablar de las condiciones de verdad de las proposiciones, Wittgenstein afirma: "Frege tuvo razón al usarlas como punto de partida en su explicación de los signos de su notación conceptual. Sólo es falsa la explicación por parte de Frege del concepto de verdad: si "Lo Verdadero" y "Lo Falso" fueran realmente objetos y argumentos en $\sim p$, etc., entonces la determinación fregeana del sentido de $\sim p$ no la dejaría enteramente determinada".¹⁷ ¿En qué consiste aquí la crítica? Todo gira en torno a la explicación de qué es negar una proposición. Al respecto, el pensamiento fundamental de Wittgenstein es que el sentido de p y el de $\sim p$ tienen que ser uno y el mismo. O sea, si hablo de Napoleón y digo que era corso, enuncio un hecho simple que puede darse si el enunciado es verdadero o no darse si es falso. Todos entendemos la situación descrita y sabemos qué tendría que pasar (*i.e.*, conocemos las condiciones de verdad del enunciado) para que fuera verdadero. Ahora bien, si digo 'Napoleón no era corso', hablo exactamente **de lo mismo**. Lo que ha sucedido es que, como sugiere Wittgenstein, el

¹⁷ *Ibid.*, 4.431 (c).

sentido de la proposición original quedó revertido. Pero es claro que no se ha modificado! Después de todo, negar una proposición no equivale a cambiar de tema. Ahora bien, si Lo Verdadero y Lo Falso son objetos, tienen que ser objetos **completamente diferentes**, mutuamente excluyentes. Supongamos entonces que p es una proposición verdadera. En ese caso denota o tiene como referencia el misterioso objeto fregeano “Lo Verdadero”. Pero entonces ‘ $\sim p$ ’ no podría tener **nada** que ver con ‘ p ’, por razones obvias. Pero si ello fuera así: ¿cuál podría ser el sentido de ‘ $\sim p$ ’? ¿Cómo se le determinaría, si por su asociación con Lo Falso habría quedado completamente desligado de p ? Así, si la referencia de las oraciones son lo que Frege dice que son y son objetos, entonces el sentido de las proposiciones negadas queda sin determinar. La objeción, si es válida, es devastadora.

Por diversas razones y con no malos argumentos, al *Tractatus* se le han adjudicado dos teorías de la verdad: la teoría de la correspondencia y la teoría de la redundancia. La alusión a Frege en 4.063 parece inclinar la balanza en favor de esta segunda interpretación (a menos, claro está, de que en el fondo ambas teorías fueran no sólo compatibles, sino hasta complementarias, lo cual no es seguro que esté excluido *a priori*). Independientemente de ello, en este caso la objeción de Wittgenstein a Frege exige, para ser entendida, de una mínima reconstrucción de ciertas tesis fregeanas. A grandes rasgos, el problema es el siguiente: uno de los avances simbólicos importantes de Frege consiste en haberse desembarazado, para el examen lógico de las matemáticas, de las nociones de sujeto y predicado, propias de los lenguajes naturales. Así, Frege reemplaza el par <sujeto, predicado> por el par <argumento, función>. Naturalmente, esta sustitución le permite a Frege explicar mucho mejor, por ejemplo, la generalidad, es decir, la cuantificación. Ahora bien, **en** el lenguaje natural, la fuerza asertórica recae sobre los predicados y, de manera más general, sobre la cópula. O sea, cuando los hablantes aseveran algo, lo que hacen es predicar algo (propiedad) de algo (sujeto). La vinculación entre ellos se efectúa por medio de un verbo. Si el sujeto tiene la propiedad indicada por el predicado y que se afirma de él, entonces la aseveración es verdadera. Y es aquí donde surge el problema, porque ¿cómo se recupera el aspecto de aseveración propio de las proposiciones si nos hemos desprendido de las ideas de sujeto y de predicado? La respuesta de Frege es: en el nuevo simbolismo, esto es, **en** la “notación conceptual” (*Begriffsschrift*), por medio de un signo especial que indica que se está haciendo una aseveración. Este signo (el famoso “signo de aserción”) se antepone a los signos proposicionales, esto es, a las oraciones. Ahora bien, este signo es el mismo para todas las aseveraciones. Es el signo que indica que se está afirmando de un pensamiento que es verdadero y que no nada más se le tiene. De ahí que “ser verdadero” realmente sea el verbo de **todas** las proposiciones afirmadas. El razonamiento de Frege es impecable, pero es precisamente su conclusión lo que

Wittgenstein rechaza: “el verbo de una proposición no es ‘es verdadero’ o ‘es falso’ – como creía Frege; más bien, eso que es verdadero debe ya contener al verbo.”¹⁸ Esto exige algunas aclaraciones.

A todas luces, algo de lo que Wittgenstein acusa a Frege es de haber incurrido, en su uso y aplicación del concepto de verdad, en una petición de principio y, por consiguiente, de emplear mal un concepto de verdad que ni siquiera ha sido debidamente explicado. El análisis del lenguaje natural y del lenguaje de las matemáticas en términos de función y argumento puede ser muy útil desde muchos puntos de vista y para muchos efectos, pero ciertamente puede ser dañino o sumamente equívoco desde o para otros. En el caso que nos ocupa, Frege por así decirlo traslada el concepto de verdad de dentro de la oración a fuera de ella. Esto es relativamente fácil de comprender: en el lenguaje común, normalmente no se requiere distinguir entre tener el pensamiento de que p y afirmar que p . En general y en condiciones normales, simplemente afirmamos lo que pensamos o, lo que es quizá una mejor formulación, lo que pensamos y su formulación lingüística coinciden. Empero Frege, acostumbrado a distinguir entre, *e.g.*, una fórmula bien formada y un teorema, tiene que encontrar un mecanismo que le permita distinguirlos y lo encuentra en la aseveración. Y es para indicar que se está aseverando un pensamiento que acuña su “signo de aseveración” (\vdash). Pero aquí Frege es víctima de su propio espejismo al traspasar tranquilamente su signo de aseveración, indispensable cuando se trabaja en sistemas formales, al lenguaje natural, en donde la distinción ya no vale. Para el hablante normal, la noción de verdad aparece ya en o con las oraciones empleadas, afirmadas. En efecto, si examinamos proposiciones “coloquiales”, veremos que la afirmación se efectúa automáticamente con el uso del verbo y entonces, simultáneamente, aparece la noción de verdad (y falsedad). En este sentido, Wittgenstein parece estar mucho más cercano a Russell quien, en *Los Principios de las Matemáticas*, ofrece un análisis de la proposición alternativo al de Frege y en el que justamente se enfatiza o realza la importancia de los verbos.¹⁹ Es precisamente, de acuerdo con el análisis russelliano, gracias a los verbos que tenemos una proposición, esto es, algo que es verdadero o falso, y no un objeto especial (diferencia ejemplificada en ‘Napoleón murió en Santa Elena’ y ‘la muerte de Napoleón en Santa Elena’. El contenido es el mismo. La diferencia radica precisamente en la aseveración). En la medida en que nos las veamos con una proposición genuina, ésta deberá ya tener un sentido y si tiene un sentido, entonces tendrá un referente que, según Frege, será Lo Verdadero o Lo Falso. Pero el valor de verdad de la proposición es algo externo a ella, algo con lo que se asocia posteriormente. Por eso, con toda razón, afirma Wittgenstein: “ Toda proposición

¹⁸ *Ibid.*, 4.063 (b).

¹⁹ B. Russell, *The Principles of Mathematics* (New York : W. W. Norton & Company, Inc.), §§ 51-55.

tiene *ya* que tener un sentido; la aseveración no puede dársele, puesto que lo que se asevera es el sentido.”²⁰ Así, la tesis de Frege de que el verbo de la proposición es ‘es verdadera’ o ‘es falsa’ tiene que ser falsa. La noción de verdad parece haber sido simultáneamente mal entendida y mal empleada.

Para redondear la reconstrucción del ataque de Wittgenstein, será conveniente decir unas cuantas palabras en relación con su concepción de la verdad. El punto relevante para nosotros es el siguiente: **decir** de una proposición cualquiera que es verdadera o que es falsa presupone que nosotros usualmente sabemos, que somos capaces de distinguir entre unas y otras. La noción de proposición está, pues, internamente ligada a la de verdad. Otra manera de decir esto último es: una proposición es precisamente aquello que esencialmente es verdadero o falso. Pero entonces decir de *p* que es verdadera es de alguna manera confirmar (o desconfirmar) lo que ya creíamos cuando la construimos y empleamos. Clasificar a las proposiciones en verdaderas o falsas presupone que sabemos reconocerlas como tales y agruparlas. Empero, para que ellas sean así clasificables tiene *ya* que estar involucrado un verbo (diferente según la proposición), esto es, debe *ya* ser parte de la proposición. Esto es lo que Wittgenstein sostiene y, como puede verse, es incompatible con lo que Frege defiende. Una lección es que es peligroso confiadamente aplicar o extraer conclusiones de manera sistemática de una teoría que puede resultar equivocada o falsa, que es lo que parece haber sucedido en el caso de Frege.

C) *Conceptos formales, variable y generalidad.* Una aportación incuestionable (y en general ignorada) del *Tractatus* es la distinción entre conceptos genuinos y conceptos formales. La distinción no es una mera convención útil trazada por Wittgenstein, es decir, una dicotomía de la que si queremos podemos servirnos y si no queremos no. Más bien, se trata de una distinción objetiva que el lenguaje mismo establece. Así, nos las habemos con un concepto genuino cuando, dado nuestro universo de discurso (nuestra ontología), decimos de uno o varios de los elementos de dicho universo que posee(n) o no posee(n) tal o cual propiedad o que tal o cual relación se da o no se da entre ellos. Por ejemplo, si nuestro universo es el de las sillas podremos decir de **esta** silla que tengo enfrente de mí que fue hecha en México, que es de piel, que es ligera, etc. En este caso, “ser de México”, “ser de piel”, “ser ligera” y demás son conceptos genuinos. Una característica de un concepto genuino es que el objeto puede tanto tenerlo como no tenerlo. En todo caso, hay algo que ciertamente no podemos ni afirmar ni negar de la silla, a saber, que es un objeto, una cosa. Decir de una silla que es una cosa no es decir nada, como lo pone de manifiesto el hecho de que decir que no lo es es emitir un sinsentido. Así,

²⁰ L. Wittgenstein, *Tractatus*, 4.064.

“ser una cosa” es un concepto formal: sirve para indicar una cierta categorización, no para predicar algo de (siguiendo con nuestro ejemplo) las sillas.²¹

Otros ejemplos de conceptos formales son: “persona”, “número”, “hecho”. Por ejemplo, podemos decir del 7 que es un número primo o (aunque sea falso) decir que es un número par, pero lo que no podemos decir es que es un número. Lo mismo sucede, *mutatis mutandis*, con, e.g., Luisito: podremos decir de él que es mexicano, que pesa 35 kilos, que es moreno, que sabe cantar, etc. Empero, algo que no tiene el menor sentido afirmar o negar de Luisito es que es una persona. “Persona” es, pues, un concepto formal. Muchos enredos filosóficos surgen precisamente por no distinguir entre conceptos genuinos y conceptos formales. De hecho, ello es prácticamente imposible de lograr en el lenguaje natural. Es sólo cuando disponemos de un lenguaje regido por la sintaxis lógica que podemos entrever la diferencia. Por otra parte, el que un concepto formal no sea un concepto genuino no significa ni implica que no cumpla ninguna función. Intuitivamente sentimos que algo debe estar indicando, esto es, para algo debe servir. Esto es lo que Wittgenstein descubre: entre otras cosas, los conceptos formales indican o exhiben nuestras presuposiciones ontológicas. Éstas, empero, se muestran en el lenguaje de la cuantificación no por medio de letras predicativas, sino por medio de **variables**. “Toda variable es signo de un concepto formal”.²² Es entonces porque Russell y Frege no fueron en el fondo capaces de dar cuenta de la variable que no pudieron distinguir entre conceptos genuinos y conceptos formales.

Es obvio que por medio de la noción de variable es factible explicar la utilidad de las proposiciones generales, esto es, cuantificadas (universal o existencialmente). De nuevo, la crítica de Wittgenstein es implacable, si bien es debatible que sea del todo justa, por lo menos en relación con Russell. Dice Wittgenstein: “Yo separo el concepto *todo* de las funciones de verdad.

Frege y Russell introdujeron la generalidad en conexión con el producto lógico o la suma lógica. Eso hace difícil comprender las proposiciones ‘ $(\exists x) . f x$ ’ y ‘ $(x) f x$ ’, en las que ambas ideas están inmersas.”²³.

Entendámonos: Wittgenstein acusa a Frege y a Russell de explicar las nociones “todos” y “algún” por medio de las de conjunción y disyunción (infinitas, si ello fuera indispensable). En el caso de Russell, ferviente partidario del paraíso de Cantor y de la aritmética transfinita, la acusación suena un poco raro, puesto que

²¹ La idea de concepto formal acarrea consigo complicaciones suplementarias en las que no entraremos en este trabajo. Al respecto, véase mi ensayo “Relaciones Internas” en mi libro *Lenguaje y Anti-Metafísica. Cavilaciones Wittgensteinianas* (México : Grupo Editorial Interlínea, 1994).

²² *Ibid.*, 4.1271 (a).

²³ *Ibid.*, 5.521.

Russell asume que se pueden determinar totalidades por medio de funciones proposicionales (*i.e.*, no de funciones de verdad), es decir, no extensionalmente sino por “intensión”. Empero, habría que reconocer que Russell juega en ocasiones con la idea de “conjunciones infinitas”, con lo cual se hace acreedor a la crítica de Wittgenstein. Sin embargo, creo que podemos dejar de lado la cuestión histórica de si la objeción de Wittgenstein es justa o no y concentrarnos en la polémica misma acerca de cómo entender la variable, la generalidad y las series formales.

Deberíamos tener presente que, al explicar la naturaleza de la variable (la cual es, según Russell, “desde un punto de vista formal, *la* noción característica de las matemáticas”²⁴), tanto Frege como Russell hablan como matemáticos y, por lo tanto, lo que hacen es básicamente describir el *modus operandi* de las letras. Sin embargo, esto no equivale a una aclaración de la naturaleza del simbolismo involucrado. Russell, por ejemplo, dice lo que todo matemático espontáneamente diría de una variable *n*, a saber, que “De hecho, *n* **denota** [énfasis mío] *cualquier* número y esto es algo por completo distinto de todos y cada uno de los números”.²⁵ En el sentido en que una variable “recorre” un dominio, lo que Russell dice es innegable pero trivial y si se toma ‘denotar’ literalmente, entonces lo que dice no sólo no aclara nada, sino que de hecho es falso. Por lo pronto, podemos decir: si hay algo que una variable **no** hace es precisamente “denotar”. Frege fue más perspicaz que Russell en su enfoque de la variable, pero tampoco puede decirse que haya realmente dado en el clavo. Así, después de rechazar la explicación que Russell (entre otros) ofrece, él oscuramente conecta la noción de variable con la de “coordinación” y de ahí salta a la de “ley”.²⁶ De acuerdo con él, una variable “coordina” números de un dominio determinado, pero lo hace bajo la forma de una ley (matemática), esto es, en una ecuación. Es aquí que se hace patente la importancia de su célebre principio contextual: una expresión como ‘ x^2 ’ por sí sola no significa nada. Una expresión como esa se vuelve significativa cuando aparece en una proposición matemática, pero entonces ya se formuló una “ley” y se le dotó de un significado (*i.e.*, de una referencia). Es, pues, según Frege, con la noción de ley que aparece la idea de generalidad y que se puede ver la utilidad real de la variable. Lo que a esto se puede objetar es no que sea falso, sino que no es en absoluto elucidatorio. Además, es difícil no tener la impresión de que también para Frege ‘volverse significativo’ significa ‘adquirir un significado’ y esto, a final de cuentas, no significa sino ‘denotar’, que es lo que él mismo critica y rechaza. No encontramos, pues, en Frege (ni en Russell) una explicación satisfactoria de la variable y de lo que ésta entraña.

²⁴ B. Russell, *The Principles of Mathematics*, § 87.

²⁵ *Ibid.*, § 87.

²⁶ G. Frege, “¿Qué es una Función?” en *Conceptografía, Los Fundamentos de la Aritmética y Otros Estudios Filosóficos* (México : Instituto de Investigaciones Filosóficas, UNAM, 1972), en especial pp. 255-59.

Contrastemos esto con lo que se afirma en el *Tractatus*. Lo primero que al respecto se nos dice es que “La peculiaridad del signo de generalidad es, en primer lugar, que remite a un prototipo lógico y, en segundo lugar, que realza las constantes.”²⁷ Esto es importante, porque aquí Wittgenstein está enunciando la verdadera función de la variable y, por consiguiente, de los conceptos formales. Las variables indican un rango y con ellas queda estipulado lo que son sus potenciales reemplazantes. Así, si decimos ‘ $(\exists x) x$ es mexicano’, debemos saber que la ‘ x ’ indica que puede ser reemplazada por ‘John’, ‘Juan’, ‘Jean’, ‘Jan’, ‘Giovanni’, ‘Hans’, etc., pero no por ‘ \aleph ’, ‘ π ’, ‘ H_2O ’, ‘*fa bemol*’, etc. **Eso** es ser un “prototipo lógico”, pues indica qué son valores **posibles** (constantes) para esas expresiones y qué no lo son. Por otra parte, Wittgenstein nos recuerda (y esto es algo que ni se les habría podido ocurrir a Frege y a Russell), que “El signo de generalidad aparece como argumento.”²⁸ O sea, la función de la expresión cuantificacional es, a pesar de todo, la de sujeto de la oración. Así vistos, la ‘ x ’ de ‘ $(x) fx$ ’ es como el ‘ a ’ de ‘*fa*’, aunque lógicamente estructuren las proposiciones en las que aparecen de manera totalmente diferente. Creo, pues, que podemos decir que, en contraposición a la inacabada posición fregeana, ahora sí nos queda claro qué son las variables y para qué sirven. Es justamente por el hecho de que la variable aparece como argumento que las proposiciones generales también son retratos y no constituyen un contraejemplo a la tesis del carácter veritativo-funcional del lenguaje.

D) *El signo de aserción*. En realidad, ya ofrecimos razones en una sección anterior de por qué el signo de aserción es útil sólo en los sistemas formalizados y para el trabajo en ellos. En su tangencial consideración del tema, Wittgenstein refuerza nuestra interpretación. En efecto, lo que él afirma es que “Lógicamente, el signo de aserción de Frege, ‘ \vdash ’, carece por completo de significado”; sólo indica en Frege (y en Russell) que estos autores consideran verdaderas las proposiciones a las que se antepone este signo. ‘ \vdash ’ es un rasgo de la proposición tanto como el número de la proposición. No es posible que una proposición pueda expresar de sí misma que es verdadera.”²⁹ El argumento de Wittgenstein, relevante inclusive para la cuestión de las paradojas de la teoría de conjuntos y la solución russelliana, *i.e.*, la Teoría de los Tipos Lógicos (tan duramente criticada en el *Tractatus*), es contundente: una proposición genuina no puede hacer una afirmación sobre sí misma. Otra manera de decir lo mismo es la siguiente: al aplicar en una ocasión un signo proposicional cualquiera, no se pueden hacer simultáneamente **dos** afirmaciones, esto es, decir por ejemplo que el cielo es azul y al mismo tiempo **decir** que eso que se dice es verdad. Normalmente presuponemos que lo que decimos es verdad, pero no lo afirmamos.

²⁷ L. Wittgenstein, *Tractatus*, 5.522.

²⁸ *Ibid.*, 5.23.

²⁹ *Ibid.*, 4.442 (b).

Afirmar que ' p ' es verdadera no es afirmar que p ; es hacer **otra** afirmación. Por lo tanto, el signo de aserción no forma parte de ninguna proposición empleada. Dicho signo no le añade ni le quita absolutamente nada al sentido de una proposición. La verdad es que ' \vdash ' es un mero mecanismo notacional y por lo tanto, como dice Wittgenstein, lógicamente carece de significado, es decir, no denota nada. La crítica, sin embargo, no consiste meramente en señalar que Frege le da a un signo una importancia que no tiene, sino que las distinciones conceptuales que lo llevaron a postularlo y las implicaciones filosóficas que extrae son erradas. Con esto se desecha esa importante innovación notacional fregeana, que algunos pensaron que acarrearía consigo vitales avances filosóficos.

E) *La naturaleza de la lógica.* Es bien sabido, y no entraré en los detalles, que el *Tractatus* contiene toda una concepción, original, acabada y convincente, de la lógica. Dicha concepción es sencillamente incompatible con la desarrollada por Frege. En su libro, Wittgenstein expresa en su lapidario estilo su desacuerdo con Frege en relación con tres aspectos de la lógica. Examinemos rápidamente tanto lo que critica como lo que sostiene.

a) *Objetos lógicos.* El primer gran choque con Frege surge por el rechazo del platonismo de éste último. Para Frege, las constantes lógicas son nombres y lo que denotan objetos. Frege postula un mundo objetivo de entidades lógicas, esto es, entidades reales que no son ni mentales ni físicas. Para Wittgenstein, esto es mitología pura. La importancia que el tema reviste para él no parece, empero, ser desdeñable: “Mi pensamiento fundamental”, nos dice, “es que las ‘constantes lógicas’ no representan, que la lógica de los hechos no se deja representar.”³⁰ Lo que esto **implica** es que **no hay** objetos lógicos ni, por consiguiente, hechos lógicos. “Aquí se pone de manifiesto que no hay ‘objetos lógicos’, ‘constantes lógicas’ (en sentido de Frege y Russell).”³¹ La posición de Wittgenstein, claro está, no es un mero repudio de tesis de otros, sino que se funda en una concepción muy elaborada del lenguaje y de la representación, en un examen general del signo, en un estudio del funcionamiento de los símbolos lógicos. Es con ese entramado de doctrinas como trasfondo que la idea fregeana de un “Tercer Mundo” se derrumba.

b) *Conocimiento en lógica.* En la concepción platónica tradicional, no sólo tiene sentido hablar de conocimiento lógico, sino que dicho conocimiento es excelso, particularmente valioso. Para Frege, la lógica no es un mero cálculo sino que versa sobre la realidad. Por otra parte, constituye de hecho el fundamento del conocimiento matemático, el cual está a su vez en la raíz del conocimiento humano,

³⁰ *Ibid.*, 4.0312 (b).

³¹ *Ibid.*, 5.4.

considerado como un todo. No comprender las leyes de la lógica es ser un enfermo mental. Como era de esperarse, Wittgenstein rechaza esta teoría. Desde su perspectiva, la cualidad definitoria de la lógica es la tautologicidad. Las verdades de la lógica son tautologías. Éstas, empero, no **dicen** nada, simplemente **muestran** ciertas conexiones entre proposiciones y, por lo tanto, entre hechos. Pero no enuncian nada. De ahí que Wittgenstein esté perfectamente justificado en afirmar que “‘A sabe que p acontece’ carece de sentido si ‘ p ’ es una tautología”³². Por lo tanto, no hay tal cosa como “conocimiento lógico”. Esto es de consecuencias mayúsculas. Al trabajar en lógica, en general uno simplemente inicia el trabajo de deducción con ciertas reglas de transición y con ciertas proposiciones (axiomas). Tanto los axiomas como las reglas le parecen al lógico incuestionables. Pero ¿cómo **sabe** él que lo son? Consideremos el *modus ponens*, esto es, ‘ $(p \ \& \ (p \supset q)) \supset q$ ’. ¿Cómo sabemos esto? Lo único que Frege está en posición de decir es: porque es intuitivamente obvio, auto-evidente, porque negarlo sería ser un loco, etc. Empero, por múltiples razones, es claro que una respuesta así es totalmente insatisfactoria. La más sólida de todos las clases de conocimiento no puede descansar en la veleidosa subjetividad de las mentes de las personas. En caso de conflicto de intuiciones, no habría manera de decidir la cuestión. Lo “auto-evidente” no tiene aquí ningún papel que jugar. De ahí el asombro de Wittgenstein: “En verdad es sorprendente que un pensador tan exacto como Frege haya apelado al grado de claridad como un criterio para las proposiciones de la lógica”³³. La verdad es que Frege realmente parece tener problemas serios en este punto. Por una parte, según él hay objetos lógicos, hechos lógicos, verdades lógicas, todos ellos perfectamente objetivos. Por otra parte, las verdades de la lógica, al igual que las del cálculo y el análisis, son proposiciones analíticas (no así las de la geometría). Ahora bien ¿qué profundidad puede haber en una proposición analítica? ¿Qué conocimiento puede transmitir una proposición así? Y, en todo caso, debería ser evidente que si pudiéramos hablar con sentido de conocimiento en el caso de proposiciones analíticas, el conocimiento involucrado no tendría nada que ver con “intuiciones” de ninguna índole, sino con la interiorización de reglas del lenguaje, de reglas de sintaxis o, como diría el Wittgenstein de la madurez, de reglas de uso, de reglas gramaticales. Así, pues, también en este punto la posición de Frege parece ser endeble y, por qué no decirlo, insostenible.

c) *Meta-lógica*. Desde la perspectiva del *Tractatus*, la lógica constituye (no en un sentido “real”, desde luego, sino lingüístico) un universo auto-contenido, un mundo en el que cualquier proposición puede ser el centro o el punto de partida. La lógica muestra las estructuras de las proposiciones y es en virtud de dichas estructuras que ciertas proposiciones se siguen de otras, que son deducibles de otras, que implican

³² *Ibid.*, 5.1362 (b).

³³ *Ibid.*, 6.1271.

otras. Por ello, es un error trazar distinciones cualitativas en lógica. Así, pues, no hay proposiciones primitivas, por una parte, y proposiciones derivadas por la otra, axiomas por un lado y teoremas por el otro, reglas de inferencia *versus* proposiciones. Por eso dice Wittgenstein: “Si p se sigue de q , entonces puedo inferir p de q ; deducir p de q .”

La clase de inferencia se extrae únicamente de las dos proposiciones.

Sólo ellas pueden justificar la inferencia.

Las ‘reglas de inferencia’ que - según Frege y Russell - deberían justificar las deducciones carecen de sentido y son superfluas.³⁴

Frege y Russell trazan distinciones filosóficamente ilegítimas, por más que prácticamente sean útiles. O, mejor dicho, ciertas distinciones prácticamente útiles trazadas por Frege y Russell los desorientaron y los llevaron a hacer inferencias filosóficamente incorrectas. En realidad, a lo que Wittgenstein se opone es a la idea misma de jerarquías lógicas, de una distinción entre lógica y “meta-lógica”, como si la lógica pudiera versar sobre sí misma, ser su propio objeto de estudio. En realidad, esta objeción de Wittgenstein es como un elemento más de un rechazo total del cuadro general que de la lógica nos pinta Frege. Habría que entender y reconocer que esta crítica de Wittgenstein apunta a una discrepancia profunda con Frege (y con Russell) que es de ramificaciones demasiado extendidas y de las que, por lo tanto, no podríamos ni siquiera superficialmente ocuparnos en este ensayo. No obstante, la oposición entre los puntos de vista de Wittgenstein y Frege es clara y la fuerza de la argumentación wittgensteiniana innegable.

IV) *Consideraciones finales*

Hemos visto que Wittgenstein desarrolla en el *Tractatus*, desde diversos flancos y sin mayores contemplaciones, un feroz ataque en contra de importantes posiciones fregeanas. A pesar de no tratarse de un ataque sistemático, el de Wittgenstein ciertamente da en el blanco. En mi opinión, con lo que hasta aquí se ha dicho, si es acertado, basta para neutralizar las grandiosas afirmaciones de Dummett: no sólo no es posible sostener que Frege sale indemne del ataque wittgensteiniano, sino que ni siquiera parece haber mayores convergencias entre ellos. La verdad es que con el *Tractatus* las grandes aportaciones fregeanas quedan peligrosamente en entredicho: la validez de la distinción <sentido, referencia>, la idea de un mundo de entidades lógicas, la extraña teoría de la verdad, la supuesta utilidad de un signo de aserción, la concepción general de la lógica (las nociones primitivas, las relaciones entre lógica y matemáticas, el conocimiento lógico, el *status* de las proposiciones lógicas,

³⁴ *Ibid.*, 5.132.

etc.), las tesis concernientes a la naturaleza del pensamiento, y así sucesivamente. En verdad, dejando de lado la cuestión de los intereses comunes y un cierto enfoque, lo realmente difícil de señalar son acuerdos entre Frege y Wittgenstein! Ciertamente, hay algunos. Ya mencionamos el principio de composicionalidad. Habría que añadir el principio contextual y la convicción de que la rama fundamental de la filosofía es la filosofía del lenguaje. Y naturalmente, hay que decirlo, hay un resultado mayor de Frege que Wittgenstein incondicionalmente acepta, *viz.*, la idea de que hay cosas que no se pueden decir, esto es, la idea de límites de la significatividad, ejemplificada en Frege en el caso del concepto de caballo que no es un concepto. Wittgenstein retoma ese resultado que le parece incuestionable y lo generaliza a muchas otras áreas del discurso dándole así una dimensión de la que carecía en el contexto de la filosofía de Frege. Así, si bien puede decirse (con reservas) que con Frege efectivamente se inicia una nueva tradición filosófica, habría también que decir que con Wittgenstein la investigación filosófica toma una dirección que habría sido para él insospechable. Por ello, pienso que estamos autorizados para concluir que:

- a) la crítica de Wittgenstein a Frege es demoledora y no es ni mucho menos fácil vislumbrar soluciones fregeanas a las dificultades que se formulan en el *Tractatus*, y
- b) con **una** excepción, la convergencia de posiciones de Frege y Wittgenstein es mínima y ni se puede ni tiene mayor sentido forzarla más allá de unos cuantos principios básicos.